licianos; por otro lado, la Duquesa, Elena, el Amante. Pero el sueño del Portero, enamorado de la Duquesa a partir de cierto incidente durante el cual apareció ante él el cuerpo desnudo de la Duquesa, convierte a ésta en la Mujer y, al mismo tiempo, en la Reina del Hombre, que, a su vez, transmite al hombre un poderío, un reino, elevándole a la categoría de Rey. Es el sueño de Segismundo al revés.

El Portero de la casa ducal, que sorprende a la Duquesa en el baño matutino, herido por la humillación de la Duquesa, que no advierte en él la calidad de su sexo—"¿Acaso es un hombre?", pregunta al verse sorprendida—, se ve arrastrado en una ambición, que es una resurrección de un fondo anímico de imperio, de orden, de elevación estética, que la impulsará a crecerse y destruirse, llegando hasta el crimen.

La atmósfera se envuelve en un misterio conocido del lector, por el que discurren los diversos planos—maravillosamente construídos—en que se van moviendo los personajes, unas veces como seres reales y otras como marionetas. La Duquesa, encerrada en la torre una vez el palacio es asaltado por los Milicianos el 18 de julio, y en poder de su viejo criado, adquiere perfiles simbólicos, que, en lugar de decrecer su "existencialidad", la aumenta, sobreviniendo un personaje mítico y soberbiamente español, que se convierte en figura de nuestra literatura, pues en ella late el espíritu de las protagonistas de nuestro teatro clásico (hay una estructura teatral latente en toda esta novela), o la novela del siglo XVI.

Maravillosa obra escrita por un viejo, y poco conocido en España, novelista contemporáneo. De él conocíamos otras obras: *Siete Domingos Rojos, Míster Witt en el Cantón, La Esfera, Epitalamio del prieto Trinidad, Hipógrifo Violento...*

La estupenda síntesis que Ramón J. Sender lograra en el *Epitalamio del prieto Trinidad,* donde aparecía viva toda la trama sensible de Centroamérica con su tragedia y su juego existencial, la alcanza y supera en esta novela —publicada recientemente en Méjico y ahora muy bien traducida al francés por Emmanuel Robles—, donde el espíritu español late vigorosamente.—JOSÉ M.ª RODRÍGUEZ MÉNDEZ.

JOSÉ LUIS GONZÁLEZ: *En este lado.* Los Presentes. Méjico, 1954. 180 págs.

Nos llega de Méjico este libro de cuentos de un escritor puertorriqueño, probablemente residente en Méjico. El libro es muy interesante: los cuentos están bien escritos y bien tratados, aunque el escritor, seguramente muy joven, no tiene todavía el pleno dominio de su oficio; alguna de estas "escenas" ofrecen una curiosa similitud con los cuentos de nuestro Ignacio Aldecoa, pero José Luis González les introduce algo apresuradamente un elemento dramático, justificado en la realidad, pero no tanto en la narración misma.

Son temas de la vida de Puerto Rico y de Méjico, y, por contraste, algunos aspectos de la de los Estados Unidos. El autor tiene una gran preocupación racial, es decir, que es un entusiasta partidario de la hermandad de las razas, y dentro de este amplio cuadro, de la hermandad hispanoamericana. *En este lado* significa en este lado del río Grande, donde los hombres tienen calor humano, y carecen de la indecorosa creencia en su propia superioridad racial de los Estados del sur de Norteamérica, y también de Nueva York. Temas de la vida humilde en Puerto Rico, y de la de Méjico relacionada con los Estados Unidos: "los espaldas mojadas", es decir, los braceros mejicanos, que pasan clandestinamente a trabajar al otro lado de la frontera—"los que regresan a tierra suya", según una frase célebre—, y tienen que huir precipitadamente, atravesando a nado el río Grande: de ahí su nombre; las "islas" hispanoparlantes de los Estados Unidos; por ejemplo, el problema de los mejicanos de Los Angeles, es decir, los descendientes de la primitiva población hispana de la ciudad, a quienes se dedica uno de los mejores cuentos, el titulado *Esta noche no,* que narra el problema de Manny Menéndez, y su muerte, que hace comprender a uno de sus compatriotas de habla inglesa la

rica humanidad y la justicia de estos hermanos preteridos, porque, para José Luis González, uno de los aspectos más graves de la cuestión es el completo desconocimiento que la población media de los Estados Unidos tiene de Méjico y los mejicanos: de Méjico sólo saben que es un país "atrasado y sucio", y de los mejicanos, que hablan español y que Sam Houston los venció en Tejas; George Mills, el yanqui honrado, que por cobardía declaró contra Manny Menéndez, impelido por su conciencia viajará a Los Angeles y a Méjico, y se convertirá así, al conocerlos, en un acérrimo defensor de estas víctimas de su patria, tanto indios como blancos, que todos son unos. Otra isla hispánica en los Estados Unidos son los 300.000 puertorriqueños que viven en Nueva York, en lucha contra la miseria y la desesperación, y con la nostalgia de su patria. Dentro de esta posición nacionalista, perfectamente convincente y muy sentida, acaso el mejor cuento de todo el libro sea el titulado *Una caja de plomo que no se podía abrir*, que narra la absurda situación de una madre puertorriqueña, al recibir dos comunicaciones oficiales en inglés, que debe traducir, en las que se le participa, primero, la desaparición, y luego, la muerte de su hijo, caído en una guerra que no comprende—la de Corea—, porque es cosa de los yanquis, pero que de repente la perturba hasta su última raíz con la obligada traducción de las dos cartas; y más tarde con la recepción de las cenizas en aséptica caja de plomo, que le quita hasta el consuelo de ver por última vez el cuerpo de su hijo; es efectivamente el puro absurdo, el del hombre que tiene a la fuerza que morir defendiendo un asunto ajeno, en el que, cualesquiera que sean sus ideas, no participa conscientemente. El autor termina su cuento con las siguientes palabras: "De todo esto hace dos años. A mí no se me había ocurrido contarlo hasta ahora. Es bien probable que alguien se pregunte por qué. Yo diré que esta mañana vino el cartero al ranchón. No tuve que pedirle ayuda a nadie para leer lo que me trajo, porque yo sé mi poco de inglés. Era el aviso de reclutamiento militar."

Otros cuentos narran linchamientos de negros en los Estados Unidos, la simbólica muerte en Corea de un yanqui que tomó parte en un linchamiento en su patria, y la huída, para no correr la misma suerte, de un negro de Nueva York—"Nueva York puede ser igual que Alabama algunas veces"—a Méjico, donde, lo mismo que George Mills, encuentra la verdadera hermandad.

En resumen, este libro es un encendido poema de amor, y de afirmación, aunque un tanto desafiante y simplista, de la patria hispanoamericana—Méjico y Puerto Rico—, y de dolorosa acusación contra el voraz e insensible país del Norte.—ALBERTO GIL NOVALES.